

(Publicado en «Il Comunista», 2-12-1921)

La posición de los comunistas respecto a todas las necesidades que profieren en la Cámara los demócratas, los social-demócratas y los socialistas que se preparan a recomenzar la vieja farsa del bloque de izquierda, es extremadamente simple.

No es del todo cierto que el fascismo exista porque no hay un gobierno que sea capaz de reprimirlo. Es un embuste hacer creer que la formación de un gobierno de esta naturaleza, y en general el desarrollo de las relaciones entre la acción del Estado y la del fascismo, pueda depender del estado de las cosas en el Parlamento. Si un gobierno fuerte —es decir, un gobierno capaz de imponer la ley actual— se crease, el fascismo perdería fuerzas, porque su único fin es el de hacer respetar realmente la ley burguesa, ley que el proletariado tiende a demoler, que ha comenzado a demoler y que continuará demoliendo desde el instante en que las resistencias conservadoras se relajen. Para el proletariado los efectos de un gobierno fuerte son los mismos que los del fascismo: el máximo de mentira. Hagamos algunas aclaraciones con respecto a estas tres afirmaciones que oponemos al nauseabundo juego de esta «**izquierda**» política que se forma en los contactos y regateos obscenos del Parlamento, y a la cual renovamos de todo corazón la expresión de asco que nos inspira y que es mil veces superior a la que merecen todos los reaccionarismos, clericalismos y nacional-fascismos de ayer y de hoy.

El Estado burgués, en el cual la potencia efectiva no reside en el parlamento, sino en la burocracia, la policía, el ejército, la magistratura, no está de ninguna forma bajo el riesgo de ser suplantado por la acción salvaje de las bandas fascistas. No se puede estar en contra de algo que se prepara y defiende. Sea el que sea el grupo de payasos instalado en el poder, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura están con el fascismo, que es su aliado natural.

Para eliminar al fascismo no es necesario un gobierno más fuerte que el actual: sería suficiente con que el aparato del Estado dejase de sostenerlo. Por esto el aparato del Estado prefiere emplear contra el proletariado la fuerza del fascismo, que sostiene indirectamente, mejor que su propia fuerza, para lo cual tiene razones poderosas.

Nosotros, comunistas, no somos estúpidos hasta el punto de reclamar un «**gobierno fuerte**». Si creyésemos que bastase con pedir para obtener, reclamaríamos por el contrario un gobierno verdaderamente débil: de tal forma el Estado y su formidable organización serían impotentes para intervenir en el duelo entre blancos y rojos. Entonces los demócratas tipo Labriola [Arturo Labriola: primero socialista, después teórico de los Sindicalistas Revolucionarios, acabó siendo Ministro de Trabajo en el gobierno Giolitti de 1920.] verían muy claro que se trataba de una verdadera guerra civil, y el Duce comprobaría que sus victorias no se deben al «**bajo materialismo**» de los trabajadores. Somos nosotros, comunistas, quienes les daríamos un «**gobierno fuerte**», tanto a los unos como a los otros. Pero

esta hipótesis es absurda.

El fascismo ha nacido de la situación revolucionaria. Revolucionaria, porque la barraca burguesa no funciona más, porque el proletariado está en disposición de asestarle los primeros golpes. La demagogia vulgar y la incomparable bajeza de los falsos jefes proletarios que están en el Partido Socialista han saboteado la marcha hacia adelante del proletariado. Pero esto no cambia nada el hecho de que la clase obrera revolucionaria de Italia ha tomado valientemente la iniciativa del ataque contra el Estado burgués, el gobierno, el orden capitalista, es decir, contra la ley que preside la explotación de los trabajadores.

La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede agravarse o atenuarse momentáneamente, el proletariado puede volverse más agresivo, o sucumbir a los golpes del enemigo y dejarse dispersar por los infames socialistas, en fin, tantas hipótesis sobre las que no vamos a decir cual es la más probable. En todo caso, es de estas modificaciones de las que depende el cambio de función del fascismo en relación a la organización estatal. Si el proletariado es batido, no importa qué gobierno hará gala automáticamente de ser un «**gobierno fuerte**», y las bandas fascistas podrán dedicarse al fútbol o a la adoración de los códigos secretos del derecho en vigor. Si el proletariado vuelve al ataque, el juegucito de la alianza secreta entre los liberales del gobierno y las formaciones fascistas continuará, con un ministerio Nitti o Modigliani⁴, pero cuando los fascistas y los bloques democráticos del bloque de izquierda se pongan de acuerdo —no tardarán mucho— sobre el hecho —completamente exacto— de que el único enemigo del orden actual es el proletariado revolucionario, colaborarán conjuntamente de manera abierta por el triunfo de la contrarrevolución.

La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no tiene nada que ver con los devaneos actuales de los imbéciles bribones del Parlamento. La constitución de la «**izquierda burguesa**» que, sobre 150 diputados, cuenta con 145 candidatos a puestos de ministros, no tendrá ninguna influencia sobre esta evolución, y es, ésta, al contrario, la que podría llevar al poder a cualquier Dugoni, Vavirca o personajes de la misma calaña, derrotistas hasta la médula cuando de intereses proletarios se trata, y a los cuales los trabajadores eligen, y toman en serio cuando se llenan de jeremiadas acerca de las violencias fascistas.

Para pretender, como pretende el sutil crítico Labriola, que se puede alcanzar un gobierno capaz de desarmar al fascismo y de devolver al Estado su función de único defensor del orden mediante simples maniobras parlamentarias, es preciso estar llevado por el carrerismo político más vulgar, aparte de que la afirmación es una estupidez. Admitamos, aunque sólo sea un instante, que sea cierto, ¿pero qué consecuencias traerá para el proletariado? Una mentira, mejor dicho: la más solemne de las mentiras.

⁴ Emanuele Modigliani fue un diputado socialista del ala reformista muy representativo de esta corriente junto a Turati y Treves; Dugoni y Vavirca, que se citan más adelante, eran igualmente diputados «**de Turati**», Nitti, demócrata, fue primer ministro desde agosto de 1919 a enero de 1920; considerado generalmente como un «**contrincante**» de Giolitti en el

gobierno de la democracia durante la posguerra, adulado como demócrata «**de izquierda**» por los reformistas, creó la Guardia Real en otoño de 1919 (como se puede suponer, estos cuatro se convirtieron en «**antifascistas**» en 1924).

Hubo un tiempo en el cual el juego de la izquierda se oponía al de la derecha burguesa, porque ésta última empleaba medios coercitivos para mantener el orden, en tanto que la izquierda, prefería mantenerlos con medios liberales. Hoy la época de los medios liberales se terminó, y el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más «**energía**» que la derecha. Se quiere hacer tragar esta píldora a los trabajadores bajo el pretexto de que son «**reaccionarios**» los que perturban el orden, y de que las bandas armadas de Mussolini son las que sufren la «**energía**» del gobierno de izquierda.

Pero como el proletariado tiene como misión destruir vuestro maldito orden para instaurar el suyo, no hay peores enemigos que aquellos que se proponen defenderlo con el máximo de energía.

Si se pudiese creer al liberalismo, el proletariado exigiría a la burguesía un gobierno liberal con el fin de poder instaurar su dictadura con el menor sacrificio posible. Pero sería culpable de ofrecer a las masas tal ilusión. Los comunistas

denuncian el programa de la «**izquierda**» como un fraude, tanto cuando gime con respecto a las libertades públicas violadas, como cuando se lamenta de la poca fortaleza del gobierno. Lo único que puede alegrarnos es que a medida que este fraude aparezca más claramente, el liberal aparecerá con claridad como un gendarme; aunque se ponga el uniforme para detener a Mussolini, siempre será un gendarme. Desde luego, no detendrá a Mussolini, pero montará la guardia para proteger al enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

Nosotros no estamos ni por un gobierno débil, ni por un gobierno fuerte; ni de derechas ni de izquierdas. No podemos tragarnos esas distinciones puramente parlamentarias. Sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de las maniobras de color de los diputados, por eso estamos por un único gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado. Y no se lo pedimos a nadie, lo preparamos contra todos, en el mismo seno del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!